

ACTO DE APERTURA

DISCURSO DEL PROF. DR. JOSE LUIS ILLANES, DECANO
DE LA FACULTAD DE TEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD
DE NAVARRA

Excmo. Señor Rector Magnífico,
Excmo. y Revmo. Señor Arzobispo,
Excmos. e Ilmos. señores,
Señoras y señores:

Una vez más la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra abre sus aulas para la celebración de un Simposio Internacional de Teología —el cuarto de los organizados hasta la fecha—, y me corresponde a mí, como Decano, dar la bienvenida a cuantos participaremos en estas jornadas y pronunciar unas palabras introductorias.

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»¹. Esta importante y conocida declaración del Concilio Vaticano II constituye el eje central del tema que en esta ocasión nos reúne. En el transfondo, el grandioso plan divino de salvación: el amor insondable de Dios Padre, que se nos manifiesta y comunica con la encarnación del Hijo y se actualiza y difunde por la acción incesante del Espíritu. Y, en consecuencia, la realidad de la Iglesia, comunidad formada por hombres, conocedora de la debilidad y, aparentemente, sometida por entero a la historia, pero, no obstante —mejor dicho, en su misma historicidad y debilidad, en lo que tiene de humana y de visible—, epifanía y canal del don divino.

«El cometido fundamental de la Iglesia» —escribía Juan Pablo II— «es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la ex-

1. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 1.

perencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús»². Al cumplir esa misión, la Iglesia no invita a dirigir la atención hacia algo distinto de ella misma, sino al centro de su propio ser. La Iglesia no es sólo evocación y recuerdo de la vida de un Jesús que nació y murió hace siglos, y subsiste ahora en los cielos, no es sólo anuncio, no es sólo palabra, sino también sacramento: la Iglesia habla de la vida que ella vive, más aún, de la vida que ella misma es y que a través de ella se trasmite. Porque, como dijera el Fundador de esta Universidad, «Cristo vive en su Iglesia», que es «el sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo»³: toda acción divina, en la presente economía de salvación, dice relación a la Iglesia, se entrelaza con ella, ordena a ella.

Hace apenas una semana, el Romano Pontífice, en la oración compuesta para los sacerdotes con ocasión de la festividad del Jueves Santo, invitaba a profundizar en el carácter de don, de dádiva gratuita, de regalo divino, que tienen la Eucaristía y el sacerdocio⁴. Y lo mismo cabe decir de los restantes sacramentos y de la Iglesia entera. Considerar la sacramentalidad es ver a la Iglesia surgiendo del don divino y siendo informada y como arrastrada por él. Es pues hablar de la dignidad de la Iglesia, pero de una dignidad recibida, donada, y por tanto no de derechos, sino más bien de acción de gracias, de disponibilidad y de servicio.

Es a ese amplio panorama al que vamos a asomarnos a lo largo de estas jornadas. El primer día, Mons. Antonio María Javierre y el Prof. Leo Scheffczyk nos situarán ante las coordenadas fundamentales. En la mañana siguiente, los profesores Armando Bandera y Javier Hervada nos ayudarán a profundizar en la Iglesia como comunión. Finalmente, en la jornada conclusiva, de la mano de los profesores Johannes Stöhr y Pedro Rodríguez, nos adentraremos en cuestiones de orden más inmediatamente práctico, para concluir considerando, con Mons. Teodoro Cardenal, los sacramentos en relación con la misión de la Iglesia.

No me resta ya sino agradecer a los diversos ponentes, a quienes acabo de mencionar, y a los demás participantes, su colaboración en este Simposio. Y augurar que, al igual que en anteriores ocasiones, nuestro trabajo resulte fecundo.

2. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis*, n. 10.

3. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, nn. 102 y 131.

4. JUAN PABLO II, *Oración dirigida a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo*, 25-III-1982, n. 8.

DISCURSO DEL PROF. DR. ALFONSO NIETO, RECTOR
MAGNIFICO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. e Ilmos. Señores,
Colegas de Claustro Académico,
Señoras, señores:

Es condición necesaria de la investigación científica laborar con paciente constancia y esperar, sin prisas, la consolidación de los saberes. El paso del tiempo premia el esfuerzo callado del investigador. Le atribuye prestigio y da a lo que inicialmente fue transitorio, marchamo de tradición. Ya va siendo tradición que, al llegar la siempre nueva *Pascua Florida*, la Facultad de Teología de esta Universidad convoque a estudiosos y a estudiantes del saber teológico para celebrar un Simposio Internacional.

Nos reunimos hoy para inaugurar el IV Simposio, cuyo objeto de estudio hunde sus raíces en uno de los fundamentos del ser cristiano: «Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos». Tal es el título que encabeza vuestra tarea investigadora durante las próximas jornadas.

La magnitud del saber que es ámbito del estudio marca la cota en la que el investigador se debe situar. Cavilar sobre la Fe —pues Teología es ciencia de la Fe— demanda la presencia de virtudes singulares en quien honradamente acomete la investigación teológica. Como simple investigador —si bien en materias lejanas a las que en esta sede se cultivan—, quisiera comentar ante vosotros algunas de esas virtudes, referidas concretamente a vuestro quehacer científico. En un intento de enunciarlas, podría decir que son: admiración ante el misterio, humildad en la reflexión, valentía para proclamar la Verdad.

Cuando el misterio nace de la Sabiduría infinita, nunca produce frustración en el investigador. Ahondar en los misterios de Dios es caminar por las luminosas huellas de la Fe, y admirar la fecunda entrega de la Revelación que el Magisterio de la Iglesia guarda como

preciado depósito. Es lógico que la investigación teológica exija, por encima del esfuerzo de la inteligencia, la sublime cercanía a Quien es origen y término —causa y fin— de la reflexión científica. Nadie puede investigar una ciencia si no se mete en ella, si no se adentra en lo más recóndito del saber. Por tanto resulta fácil concluir que el primer paso del quehacer investigador del teólogo no debe ser otro que orientar su vida hacia el constante deseo de estar metido en Dios.

Pero la vida enseña que la mayor sublimidad linda con la máxima sencillez. Con aquella admirable sencillez del más antiguo poeta castellano, que, al expresar su limitada capacidad para entender los misterios divinos, no oculta la verdad. Sin duda recordáis cómo Gonzalo de Berceo plantea el valor del Santo Sacrificio de la Misa. Con palabras sencillas se pregunta:

«La virtud de la Misa quanto pode valer:
(y responde)

No lo dió Dios à hombre esto à entender»¹.

Que la inteligencia humana sea limitada no debe llevar al teólogo a actitudes de pasiva resignación. Esa limitación es firme acicate que le asienta en la Fe y le permite recrearse en una admirable contemplación de lo infinito. Sabe que hay cuestiones en las que todo no lo puede saber, porque... «No lo dio Dios à hombre esto à entender».

Mas la admiración ante lo divino sólo es posible cuando está presente la humildad. La humildad del teólogo; éste fue el eje de las palabras que, hace poco más de dos años, dirigió Juan Pablo II a unos colegas vuestros. Decía: «La humildad es la marca de todo letrado que tiene una relación honesta con la verdad cognoscitiva». Ciertamente si la petulancia y la vana presunción desbaratan la integridad investigadora en cualquier rama de la ciencia, mucho más penosas son en la Teología. De aquí se deduce una conclusión que el Papa señalaba y que no me resisto a leeros: «Un auténtico trabajo teológico —digámoslo claramente— no puede ni comenzarse ni concluir sino de rodillas, al menos en el secreto de la celda interior donde es posible 'adorar al Padre en espíritu y en verdad' (cfr. Io. 4,23)»².

1. GONZALO DE BERCEO, *El Sacrificio de la Misa*. Colección de Poesías Castellanas anteriores al siglo XV, t. II (Madrid, 1780), 197.

2. *Discurso*, 16-X-1979. Cfr. Documentos Palabra (Madrid, 1979), 377.

El trabajo del teólogo es tarea que tiene directa proyección en las personas individuales y en la sociedad. Pero pensad que la auténtica luz siempre viene de la altura, y sólo así puede alcanzar hasta los lugares más recónditos de la tierra abierta. Y decir luz equivale a hablar de claridad. Al hilo de este pensamiento llega al recuerdo una idea del Fundador de la Universidad de Navarra, Mons. Escrivá de Balaguer, cuando en un solemne acto académico afirmaba: «La Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable de la opinión pública»³. He aquí una pauta de valentía que sin duda tendréis presente en vuestro trabajo de estos días y de siempre.

Antes de concluir estas palabras quiero haceros llegar la más cordial bienvenida en nombre del Gran Canciller de la Universidad —el Excmo. y Revmo. Dr. D. Alvaro del Portillo y Diez de Sollano—, a cuya feliz iniciativa responde la celebración de estos Simposios Internacionales. Singular reconocimiento para la presencia del Excmo. y Revmo. Dr. D. Antonio María Javierre, Secretario de la Sagrada Congregación para la Educación Católica. La Corporación Universitaria agradece vuestra presencia en estas reuniones. A la bienvenida y gratitud, uno un deseo: que vuestro trabajo rinda frutos positivos.

Muchas gracias.

3. *Discurso en el Acto Académico de investidura de Grado de Doctor «Honoris Causa»*, Universidad de Navarra, 9-V-1974.

